

EL ALBA

Vol. 33 No. 1

Enero - Febrero 2018

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.
Sírvese notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: 199 Railroad Avenue, East
Rutherford, NJ USA 07070

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de
Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington, #34,
Serpentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Razonemos juntos 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Una fe sincera 15

Alabe la grandeza de Dios 18

Una oración por la fe
obediente 21

Una fe fuerte 24

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

Orden y Disciplina en la Nueva
Creacion Parte XXVI 27

The Dawn – SPANISH Edition

JAN- FEB 2018

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Razonemos juntos

“Ven ahora, dice Jehová, y razonemos juntos: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como lana blanca.”

Isaías 1:18

UNA DE LAS capacidades del organismo humano que es única en comparación con otras formas de vida ya sean plantas o animales, es la capacidad de razonar. El diccionario Merriam-Webster la define como: “la facultad de comprender, inferir o pensar, especialmente en formas racionales ordenadas... el ejercicio apropiado de la mente... la suma de las potencias intelectuales.” Nuestro texto de apertura sugiere que ésta es una cualidad implantada en el hombre por su Creador, pues nos exhorta a razonar con él.

Alguien podría legítimamente preguntar cómo podemos razonar juntos con Dios, un ser a quien ninguno de nosotros puede ver o escuchar físicamente, y mucho menos comprender a cabalidad. Razonar con el Todopoderoso, y hacerlo según sus planes, propósitos y atributos de carácter, requiere que sepamos algo de él. En cierto sentido podemos obtener una comprensión de Dios mirando a nuestro alrededor la inmensa belleza de los cielos y las maravillas de la naturaleza que

observamos a diario en la tierra (Sal. 19:1,2). Al hacerlo, aprendemos a apreciar que hay ciertas leyes que gobiernan estas maravillosas creaciones. El reino natural señala el poder y la sabiduría de un ser que está mucho más allá de lo que pudiera concebir la mente humana.

Sin embargo, se requiere más que simplemente conocer el gran poder y la sabiduría de Dios para razonar con él. También debemos apreciar algo de sus planes y propósitos eternos que se relacionan con sus obras creadas así como en las cualidades del carácter que se ponen de manifiesto a consecuencia de este conocimiento. Por ejemplo: si observamos la belleza de la creación que nos rodea y las adscribimos a un Creador todopoderoso y sabio, pero al mismo tiempo creemos que planea destruir la Tierra, nos veríamos obligados a cuestionar si tales planes se basarían en un razonamiento lógico.

Sólo hay una verdadera y armoniosa fuente para aprender acerca de Dios, de sus planes, propósitos y carácter. Es su Palabra, la Biblia. Mediante un estudio cuidadoso y diligente de las Escrituras podemos entender cómo razona Dios: lógica, ordenada y pensativamente. Basándonos en esto—un entendimiento de su Palabra—entonces estaremos capacitados para tener una base adecuada para llegar y “razonar juntos” con él.

NINGUNO JUSTO

La condición actual del hombre está armoniosamente descrita tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” “No hay justo, ni aun uno.” (Salmo 14:1-

3; 53:1-3; Romanos 3:10-12). Como afirman claramente estas declaraciones, la tendencia del pensamiento de la humanidad hoy está lejos del punto de vista bíblico. Muchos teorizan que la conducta humana está bien o mal sólo si se compara con una norma establecida. Para acentuar aún más esta desviación de la Palabra de Dios, se afirma adicionalmente que cada persona tiene tanto derecho a establecer un estándar como otra y que nadie debe estar “lleno de remordimientos” simplemente por la falta de conformidad a un estándar previo aceptado de comportamiento. Esta es una forma de anarquía moral, un estado de sociedad en el que cada individuo hace lo que le place. En otras palabras, este punto de vista significa que no existe el pecado en el sentido bíblico del término.

Este punto de vista, además de no estar en armonía con las Escrituras, carece de razonamiento sólido. Por ejemplo, un hombre que se entrega a la bebida y se despierta a la mañana siguiente con un dolor de cabeza insoportable, puede no haber cometido “pecado”, según considera el asunto en su mente. La reacción de su cuerpo, sin embargo, no está de acuerdo. Le grita, por decirlo así, que ha violado una ley por la cual el organismo se mantiene funcionando de manera ordenada y saludable. El modernista puede llamarlo ley de la naturaleza, pero no debería olvidar que alguien estableció esa ley. Lo sepa o no se da cuenta de que su cabeza y su estómago se duelen cuando viola esa ley.

Algunos pueden tratar de convencerse de que el comportamiento humano sólo es relativo y que no existe un pecado real. Sin embargo, muy pocos se aventurarían a afirmar que torturar a seres humanos en prisiones o en

campos de concentración está bien. Rara vez se cree que matar a millones de hombres, mujeres y niños inocentes, tal y como se hace en la guerra moderna, es una virtud moral. No sería difícil citar muchos más ejemplos similares de conducta inhumana que la gran mayoría de personas reconocería como equivocados.

No deberíamos pensar, sin embargo, que sólo los actos extremos, como la tortura y el asesinato, constituyen pecado. En un sentido amplio toda conducta que contribuye a la infelicidad de las víctimas inocentes está mal. Uno de los mandamientos de Dios declara: “No codiciarás...” (Éxodo 20:17) Codiciar aquello que le pertenece a otro hasta el punto de esforzarse por medios deshonorables para arrebatárselo está mal. No es correcto a los ojos de la gente decente y razonable y está mal porque es una violación de la ley de Dios. ¡Es pecado!

RECONOCIMIENTO LIMITADO DEL HOMBRE DEL PECADO

La razón por la cual estas violaciones más flagrantes de las leyes de la decencia se reconocen como erróneas, incluso según los estándares humanos imperfectos (y declarada pecado por Dios), es que el hombre fue creado por Dios. (Gén. 1:26-27) En la medida en que el hombre conserva algo de esa imagen, razona con el mismo fin. Menos autosuficiencia y más reverencia por la autoridad divina ayudarían sin duda a la humanidad a ver la posibilidad de que la violación de las leyes mencionadas en la Biblia está mal.

El apóstol Pablo escribió que la muerte pasó a todos “por cuanto todos pecaron (Rom 5:12). El curso descendente del pecado comenzó con Adán. Fue la

simple violación de una ley del Creador lo que constituyó el pecado original del hombre. El relato no proporciona todos los detalles involucrados, pero sabemos que Adán violó voluntariamente una ley bajo la cual fue puesto por Dios y cosechó la pena por el pecado: la muerte. —Gén. 2:16-17; 3:17-19; 5:5

A medida que rastreamos la historia del hombre desde Adán la maldad de la humanidad se hace cada vez más evidente. El egoísmo es la palabra que parece resumir mejor las intenciones que conducen a pecados de todo tipo. A menudo hemos escuchado la expresión de que “perro come el mundo del perro”. De hecho, esa política ha sido la base de prácticamente todo el comportamiento humano desde el comienzo del mundo. Este malvado motivo se ha manifestado en toda la forma de injusticia, práctica desleal, soborno, asesinato y guerra.

Todo esto debe reconocerse claramente como pecado y, por tanto, confirmar la verdad de las Escrituras al declarar que “todo pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.” (Rom. 3:23) No todos han sido planificadores y perpetradores voluntariosos del pecado, sino del vórtice del egoísmo que mueve un mundo moribundo a lo largo de una forma de maldad a otra. Nadie escapa totalmente. Es por eso que el Apóstol explica que todos se han convertido en pecadores porque Adán pecó. Hemos sido formados en maldad y concebidos en pecado, declara el profeta. —Sal. 51:5

CASTIGO POR PECADO

Otro principio reconocido de derecho es que quienes violen las leyes establecidas deben ser

castigados. En este también vemos evidencia de la imagen de Dios dirigiendo el proceso de razonamiento humano. Este principio es de origen divino y podemos razonar juntos sobre él. El Creador fue el primero en declarar que hay una pena asociada a la mala acción. Esto se manifiesta en las leyes de la naturaleza, cuando éstas se violan, inevitablemente se producen resultados calamitosos.

Adán y Eva podían haber muerto por violar una ley de Dios, incluso si no se les hubiera advertido de antemano. Sin embargo, como Dios justo que es, les dijo que no participaran de cierto árbol de en medio del jardín advirtiéndoles de que al hacerlo morirían. Este hecho les hizo darse cuenta, y también debería enseñarnos a nosotros, de que no pueden despreciarse con impunidad las leyes de Dios, y que hay una pena por el pecado, cuyo fin último es la muerte. Desde los días de Edén el hombre es pecador y el castigo por el pecado ha ido cayendo sobre cada generación desde que ha comenzado su breve vida imperfecta. De la cuna a la tumba cada ser humano ha vivido y caminado “en valle de sombra de muerte”, sabiendo que no habrá indulto ni escape de ese seguro destino. —Sal. 23:4

La sombría realidad de un mundo agonizante ha sido suficiente trágica en sí misma. Sin embargo, para molestar más a la gente todavía se han inventado visiones teóricas de un abismo terrible de tortura literal donde, se afirma, innumerables personas se encontrarían después de morir. ¡Cómo agradecemos a Dios de que este pensamiento del hombre no sea cierto! Las Escrituras declaran toda la verdad sobre el tema al

declarar simplemente que “la paga del pecado es muerte.” —Rom. 6:23

En lugar de insinuar que la “paga” más severa es la muerte como castigo por el pecado, se nos proporciona una vía de escape, incluso de esta pena. En el mismo versículo, tras afirmar que la muerte es la “paga del pecado”, afirma que “la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” Las Escrituras también dicen: “Como en Adán todos mueren,” todos los que vienen a Cristo “serán vivificados.” (1 Cor. 15:22). Si preguntamos cómo podrá ser, la Biblia responde que “Cristo murió por nuestros pecados.” —1 Cor. 15:3

RAZONAMIENTO ADICIONAL

Está bien que en este punto aceptemos la invitación de Dios a “razonar juntos” como afirma nuestro texto de apertura. Ya hemos reconocido que el castigo de los malhechores es justo y hemos llegado a la conclusión de que el Creador tiene derecho de exigir obediencia a sus leyes y castigar a los desobedientes. Sin embargo, la pena divina por el pecado es la muerte. Cuando el hombre paga la pena es incapaz de hacer más. Tras la condena de un delito, un hombre puede pagar una multa de cien dólares y quedar luego libre. Sin embargo, cuando se paga la multa de la muerte no puede haber libertad, porque la muerte toma todo lo que tiene el hombre, incluso la vida misma.

Aquí es donde el amor de Dios entra en su designio para garantizar que el propósito original de la creación del hombre no fue en vano. El destino final planeado para las personas no se verá frustrado ni anulado, ni siquiera por el pecado del hombre. Aquí de

nuevo se nos invita a razonar con él. Era justo y correcto que Dios infligiera la pena de muerte a una raza desobediente. La justicia de Dios, sin embargo, mejora nuestra apreciación de su misericordia al darnos cuenta de que es él quien “de tal manera amó... al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16

LA LEY DEL SACRIFICIO

En un lenguaje llano la Biblia dice que Jesús, a quien Dios envió para redimir al mundo, murió por el pueblo (Juan 1:29; Gal 1:4; Heb. 2:17). El pensamiento moderno podría llevarnos a creer que morir una persona por otra es repulsivo, y que tal se origina en supersticiones antiguas en demandas de deidades paganas, o de lo que se conoce ofensivamente como “dios tribal” del antiguo Israel. No nos engañemos con este falso razonamiento. Tal pensamiento ignora, y tal vez nos gustaría olvidarlo, que la forma superior de nobleza y valentía es morir por salvar a otros.

Aplaudimos esa valentía dondequiera que la veamos. A los soldados que mueren por su país se les considera héroes; a quienes sacrifican su vida de alguna manera para que otros puedan disfrutar de la suya más abundantemente se les considera grandes benefactores de la humanidad. En esto vemos otro reflejo de la imagen de Dios con la cual se nos donó. Cuando valoramos apropiadamente la virtud del sacrificio simplemente estamos reflejando la semejanza del carácter de Dios en nuestros pensamientos y puntos de vista. Honramos naturalmente el sacrificio y lo etiquetamos de heroísmo porque Dios es el autor de este

valioso principio. Al reconocerlo así, se ve el plan bíblico de redención por el pecado por medio del sacrificio hermoso y comprensible, así como justo y amoroso.

ILUSTRACIÓN TEMPRANA

El registro más temprano de sacrificio es la narración del Génesis con respecto a las ofrendas traídas al Señor por Caín y Abel. Sin entender lo que estaba involucrado uno podría preguntarse por qué Dios aceptó la de Abel y rechazó la de Caín. Sin embargo, Dios tenía una razón para ello. Cuando condenó a muerte a nuestros padres a muerte dijo que la “simiente”, o descendencia, de la mujer heriría la cabeza de la serpiente (Gén. 3:14,15). A la luz de las posteriores revelaciones del plan de Dios para la restauración humana, se ve que esta vaga declaración promete que la pena por el pecado sería remitida.

Dios también revela más adelante que no puede haber remisión del pecado sin el sacrificio de la vida, simbolizada por el derramamiento de sangre (Lev. 17:11, Heb. 9:22). Al aceptar el sacrificio en carne y sangre de Abel estaba señalando al punto futuro en el que, con el sacrificio de un “cordero sin defecto”, que él proveería, se le permitiría al hombre regresar a su herencia perdida (1 Ped. 1:18,19). Así, como dice nuestro texto de apertura, aunque los pecados del hombre fuesen como la grana vendrán a ser como lana blanca.

ABRAHÁN OFRECE A ISAAC

De nuevo llama nuestra atención este pensamiento de sacrificio en los tratos de Dios con

Abrahán. Dios hizo la promesa a Abrahán de que a través de su simiente serían bendecidas “todas las familias de la tierra.” (Gén. 12:3; 22:18). Muchas de las familias de la tierra ya estaban muertas cuando se hizo esta promesa. Y muchos millones han muerto desde entonces. Para bendecirlos, pues, es necesario que sean restaurados a la vida. Habiendo muerto porque eran pecadores, la promesa de su restauración implica que sus pecados deben ser remitidos. En relación con esta promesa, Dios de nuevo ilustra la promesa del sacrificio de su Hijo para remisión de los pecados.

Esta ilustración se dio de una manera única. Se le pidió a Abrahán que ofreciera a su hijo Isaac en sacrificio. Con gran fe en la sabiduría de Dios al pedirle esto y también en el poder y en la voluntad de Dios para resucitar a Isaac de entre los muertos, Abrahán procedió a obedecer el mandato divino. De acuerdo con el plan de sacrificio, Isaac se extendió sobre el altar para ser degollado cuando intervino un ángel de Dios y proporcionó un cordero como sustituto. —Gén. 22:1-13; Heb. 11:17-19

Al demostrar Abrahán su voluntad de sacrificar a su hijo Isaac, se proporcionó una hermosa imagen concerniente al plan de Dios. Antes de la intención del Creador de que la recuperación del hombre se realizara a través de la restauración de la vida, un padre amoroso renunciaría voluntariamente a su hijo en sacrificio. De hecho, fue el Padre Celestial, Creador y fuente de toda vida, el que dio a su Hijo unigénito para lograr la liberación del hombre de la condenación adámica.

LIBERACIÓN DE ISRAEL

Siglos más tarde los descendientes de Abrahán eran esclavos en Egipto, y por medio de Moisés Dios los liberó milagrosamente. Esto también señalaba a una liberación aún mayor—una liberación de la esclavitud del pecado y de la muerte—y nos recuerda de nuevo que esta liberación será posible gracias a un sacrificio. Es el sacrificio del “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” y, como confirmó Pablo, “nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.” —Juan 1:29; 1 Cor. 5:7

A lo largo del Antiguo Testamento muchas veces se repite la promesa de un Mesías y un Libertador. Los israelitas esperaban con ansias a este Rey prometido, a este Gobernante que tendría autoridad sobre todas las naciones y dispensaría a todas las personas las bendiciones de paz y vida que Dios había prometido. Jesús vino en cumplimiento de estas promesas, pero las expectativas de los judíos no se realizaron de inmediato. No habían podido notar las condiciones sobre las que su Rey largamente prometido sería exaltado, es decir, la exigencia de sacrificio.

JESÚS VINO A OFRECERSE EN SACRIFICIO

Jesús vino para ser Rey de Reyes, pero primero debía ser el “Cordero de Dios”, que se ofrecería en sacrificio para quitar el pecado del mundo. La única forma de bendecir a los muertos es devolverlos a la vida. La raza está muriendo a causa del pecado, la muerte es el salario de la iniquidad. Si el hombre ha de ser restaurado el salario debe pagarlo otro, por alguien que no esté bajo la misma condena. En el plan de Dios Jesús fue quien

murió, en primer lugar por Adán y, por medio de él, por toda la raza humana—su posteridad. Él dio su vida para que nosotros, sus seguidores y todo el mundo, pudiéramos vivir. —1 Juan 2:1-2; 4:9-10

Así, en el simbolismo de las Escrituras, se nos dice que, aunque nos pueda teñir de escarlata el pecado, podemos ser tan blancos como la nieve por el resultado del sacrificio redentor de Cristo. Esta es una de las maneras en que Dios nos dice que la mala acción de nuestros primeros padres, y el continuo pecado y egoísmo de sus descendientes, no ha frustrado su propósito en la creación del hombre. En la economía divina, el pecado que ha matado la raza ha proporcionado una oportunidad para que se manifieste el amor de Dios a través del sacrificio. Esto hace posible que los culpables sean liberados de la condenación adámica y liberados de la muerte por la resurrección de los muertos.

¡Qué comprensible y práctico es este arreglo al considerarlo a la luz de la razón! Con esto en mente podemos leer el registro de la creación y de la caída del hombre del Génesis de la creación y darnos cuenta de que sólo se le ha privado temporalmente a la raza humana del simbólico “árbol de la vida” que se encuentra en el Edén. (Gén. 2:9) En este arreglo podemos ver una miniatura del diseño del Creador para una tierra de seres humanos perfectos, viviendo felices y en paz para siempre.

VALIOSAS LECCIONES APRENDIDAS

Ha habido un inconmensurable valor en las experiencias de sufrimiento y muerte a través de las

cuales ha pasado la raza. Al despertársele de la muerte y dársele la oportunidad de obedecer la ley de Dios, cada miembro de la familia humana podrá elegir de la manera más inteligente el curso que tomará. De su experiencia pasada será capaz de contrastar las ventajas devengadas de la obediencia con la gran pérdida resultante de la desobediencia.

La razón nos dice que ningún otro plan descrito en la Biblia puede salvar a la raza humana de la destrucción final; y también identifica al Creador como al único que puede llevar a cabo dicho plan, porque su realización exige una resurrección de los muertos. El ejercicio del poder necesario para resucitar a los muertos no es obstáculo para Dios; de hecho Él ha imbuido a su hijo glorificado, Cristo Jesús, con ese mismo poder. — Mat. 28:18; Juan 5:25-27

Así, cuando leemos las Escrituras, nos damos cuenta de que aquel que causó la grabación de las maravillosas promesas contenidas en ellas es perfectamente capaz de cumplirlas. De hecho, las cumplirá a su debido tiempo. Podemos estar seguros, por tanto, de que el destino del hombre de vivir en paz, en salud y en seguridad para siempre en la tierra se debe hacer aún un hecho consumado. La Palabra de Dios es segura en este sentido. “Así dijo Jehová, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, para que fuese habitada la creó: Yo Jehová...” —Isaías 45:18

Una fe sincera

Versículo Clave: “Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligase a contaminarse a sí mismo.”

— Daniel 1:8

***Escritura Seleccionadas:
Daniel 1:8-21***

CUANDO EL REY babilonio Nabucodonosor conquistó Jerusalén, ordenó que se seleccionase a algunos de los “hijos de Israel... en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer... sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey.” A estos jóvenes judíos debía enseñárseles “las letras y la lengua de los caldeos” y se les daba “una ración para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía.” Y tenían que ser educados por “tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey.” —Dan. 1:1-5

Entre los jóvenes elegidos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías. A cada uno se le dio un nuevo nombre babilónico, un intento de conseguir que olvidasen su pasado israelita y pensar y convertirse en babilonios (vv. 6-7, *NVI*). Sin embargo, a estos jóvenes hebreos sus nuevos nombres así como la solicitud de alimentarse de la comida del rey, les servían como

recordatorio de la servidumbre de su nación en Babilonia. Se cree que los alimentos del rey se habrían ofrecido primero a los dioses babilónicos, y comer estos alimentos podría verse como respaldo a estos falsos dioses.

En nuestro versículo clave se dice que Daniel decidió no “contaminarse” participando de la comida y del vino del rey. La palabra “contaminarse” significa aquí ensuciar, profanar o manchar. Al no comer la comida del rey, Daniel y sus compañeros estarían seguros de no violar las leyes que había dado Dios a Israel. (Lev. 11:4-20) En esto encontramos una lección. Los seguidores del Señor deben evitar profanar el manto de justicia que se les ha dado al seguir los pasos de Jesús. (Apoc. 3:4) Deben “guardarse sin mancha del mundo.” —Santiago 1:27

Al principio, el jefe de los funcionarios babilonios no estaba de acuerdo con la solicitud de Daniel porque temía por su propia vida si lo concedía. Sin embargo, Daniel no se dio por vencido y, con fe en Dios, respondió: “Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la ración de la comida del rey.” —Dan.1:10-13

El principal funcionario estuvo de acuerdo y después de diez días Daniel y sus tres compañeros se veía mejor y más robustos que cualquiera de los muchachos que tomaban de la comida del rey. Se les quitó la comida y el vino seleccionados y en su lugar se les permitió comer verduras (vv. 14-16). ¡Qué fe tan fuerte y sincera la de estos jóvenes hebreos, practicando

la abnegación diaria para agradar a Dios, aunque probablemente significaba ser menospreciado por los otros jóvenes que comían la comida del rey!

Jesús dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.” (Lucas 9:23) Aquí la palabra “negar” significa negar completamente. La gracia de Dios nos enseña a “renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos” y “vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente” tal como lo hicieron los cuatro jóvenes hebreos. —Tit. 2:11,12

Una fe audaz

Versículo clave: “Entonces Nabucodonosor dijo: *Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios.*”
— **Daniel 3:28**

Escrituras Seleccionadas:
Daniel 3:19-28

imagen. Sin embargo, se le dijo a Nabucodonosor: “Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado.” —vv. 7-12

Aunque extremadamente enojado, Nabucodonosor llamó a los tres hebreos y les dio otra oportunidad de obedecer la orden de postrarse y adorar la imagen de oro, advirtiéndoles, sin embargo: “Si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de

EL REY NABUCONODOSOR había construido una imagen de oro y emitió un decreto en el que, tan pronto como sonara la música, toda la gente debía postrarse y adorar la imagen del oro, y quien no lo hiciese sería “echado dentro de un horno de fuego ardiendo.” (Dan. 3:1-6) Al sonar la música, todos se postraron y adoraron la

un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?” —vv.13-15

Los tres hebreos decidieron firmemente seguir los mandamientos que Dios dio a Israel: “No tendrás dioses ajenos delante de mí... No te harás imagen grabada... No te inclinarás ante ellos.” (Éx. 20:3-5) Respondieron al rey: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarlos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado.” —Dan. 3:16-18

Los tres jóvenes judíos tenían una fe audaz que confiaba en Dios sin importar el resultado. Si Dios quería, podría liberarlos del horno; mas si la providencia de Dios considerara oportuno no liberarlos de esta experiencia, aun así permanecerían fieles, aunque significara una muerte segura.

Nabucodonosor estaba furioso al escuchar tal respuesta. Ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo normal y que sus soldados más fuertes ataran a los tres desafiantes hebreos y los arrojaran al horno de fuego ardiendo. (vv. 19-23) Cuando los tres jóvenes fueron arrojados al horno, pronto parecían estar desatados y caminar ilesos. También había un cuarto personaje que se veía en el horno con ellos, un ángel del Señor. Entonces Nabucodonosor los llamó para que salieran del horno y vio que el fuego no les había hecho daño alguno (vv. 24-27) ¡Sin duda fue un milagro increíble!

Desarrollemos también nosotros una fe audaz, de modo que al enfrentar una opción o experiencia difícil elijamos obedecer a Dios y a los principios que se dan en

las Escrituras. Esto deberíamos desear hacer, incluso si significa ser ridiculizados o impopulares, o si resulta en consecuencias desagradables. Como nos dice el apóstol Pedro: “Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo.” —1 Ped. 4:12-13

Una oración por la fe obediente

Versículo clave: “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.”

— **Daniel 9:19**

Escrituras

Seleccionadas:

Daniel 9:4-8 y 15-19

oración, Daniel le suplica a Dios: “Apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte... No elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias... No tardes por amor de ti mismo, Dios mío, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo.”
—vv. 16-19

DANIEL SABÍA por la profecía de Jeremías que la desolación de Jerusalén duraría setenta años (Dan. 9:1-2; Jer. 25:4-14; 29:10). Sin embargo, le preocupaba que los pecados de los israelitas, incluso durante el cautiverio, pudieran haberlos hecho indignos de ser liberados al final de los setenta años, así que oró fervientemente a Dios. (Dan. 9:3-15) Continuando con su

Una importante lección que podemos extraer del ejemplo de Daniel es nuestra necesidad de examinarnos de cerca. Debemos reconocer a Dios en oración cuándo hemos desobedecido sus principios en nuestros

pensamientos, palabras o acciones, y luego buscar el perdón. El apóstol Juan escribió: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” (1 Juan 1:8-9) Podemos orar a nuestro Padre celestial y pedirle perdón por nuestros pecados debido al “sacrificio expiatorio” de su hijo, Cristo Jesús. —1 Juan 2:1,2

Una fe obediente también requiere que nos alejemos del pecado, es decir, que nos arrepintamos. Arrepentirse significa pensar de manera diferente y hacer las paces, especialmente desde el corazón. El arrepentimiento se menciona numerosas veces en los mensajes dados a las siete iglesias del libro del Apocalipsis. —Apoc. 2:5, 16, 21, 22; 3:3,19

En la carta de Pablo a los hermanos de Roma, explica en detalle la necesidad de que cambiemos y desarrollemos una fe obediente: “No presentéis vuestros miembros como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios... como instrumentos de justicia... ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis...? Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.” —Rom 6:13-18

Si tenemos una fe obediente, examinaremos a diario nuestros pensamientos y nuestras acciones para ver si están y han estado o no de acuerdo con los principios de Dios. Si descubrimos que hemos pecado al no seguir completamente sus preceptos, debemos buscar

el perdón del Padre celestial en oración. Entonces debemos esforzarnos por aplicar más cuidadosamente la palabra de Dios en nuestra vida diaria.

Citando adicionalmente a Pablo vemos que “los que de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu... Deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” (Rom. 8:5-13) Que nuestras oraciones no sean para fines egoístas, sino para poder desarrollar una fe más obediente.

Una fe fuerte

Versículo clave: “Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: *Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y aliéntate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido.*”
— **Daniel 10:18-19**

**Escrituras
Seleccionadas:**
Daniel 10:10-21

EN DANIEL CAPÍTULO 10, el profeta registra una visión que recibió de Dios y que le causó gran turbación. Como resultado, durante tres semanas se afligió comiendo y bebiendo muy poco (vv. 1-3); al vigésimo cuarto día a Daniel se le apareció “un varón hombre vestido de lino”, con un cinto de oro. El cuerpo del hombre era como de berilo, su rostro parecía un relámpago y sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como bronce bruñido y su voz como el estruendo de una multitud. — vv. 4-6

Los hombres que estaban con Daniel no vieron esta visión, pero sintieron temblar la tierra debajo de ellos y huyeron a esconderse, dejando a Daniel solo. Abrumado por esta visión, Daniel escribió: “No quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno... caí sobre mi rostro en un profundo sueño, con mi rostro en tierra.” — vv. 7-9

El hombre de la visión habló entonces: “Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora... No temas... Desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido... para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días.” (vv. 11-14) Daniel respondió: “¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento. Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérate y aliéntate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido.” —vv. 17-19

El ángel le dio fuerzas a Daniel tocándolo. Dios también “nos toca”, dándonos fortaleza a través de su Santa Palabra. El salmista escribió: “Jehová dará poder a su pueblo; Jehová bendecirá a su pueblo con paz”, “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos.” (Sal. 29:11; 46:1-2). También se dan muchas otras Escrituras para incrementar nuestra fortaleza espiritual. —Sal. 18:1, 2, 30, 119:114; Mat. 4:4

Al fijar nuestros pensamientos en Dios, al leer y estudiar su Palabra y al poner nuestra confianza por completo sobre él, se fortalecerá nuestra fe y obtendremos la paz. El profeta Isaías dijo: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confíad en Jehová

perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos.” —Isa. 26:3-4

Cuando Pablo experimentó debilidad por un “aguijón en la carne,” Dios le dijo: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.” (2 Cor. 12:7-9) A nosotros también: Dios nos fortalece en nuestras debilidades. A través de ellas podemos darnos cuenta de que, sea cual sea el progreso que hagamos en el desarrollo de los frutos y las gracias del Espíritu, sólo es posible por la gracia de Dios y por la fuerza que nos da (Efe. 2:1-10) De hecho, es sólo por su gracia y a través de la fuerza que él proporciona que podemos desarrollar una fe fuerte, incluso “hasta la muerte.” — Apoc. 2:1

“ORDEN Y DISCIPLINA EN LA NUEVA CREACION”

Parte XXVI

Hemos estado inclinados a preguntarnos por qué nuestro Señor no alertó de algún modo a la pobre viuda que ella estaba haciendo más de lo que debía, pues tenía solamente dos moneditas, debió haberlas guardado al menos una de ellas, para sus necesidades. Si hubiera sido otro, aparte del Señor o de uno de los apóstoles, quien se diera cuenta de este acto de desprendimiento y lo permitió, sin expresar una palabra de advertencia en relación a esto, nos habríamos sentido perfectamente libres de haber hecho esa advertencia. Pero en general, presumimos que muy pocos requieren advertencias en el sentido de la autopreservación. Muy pocos requieren ser prevenidos de dar toda su vida. Pueden haber algunos, pero estamos seguros que sería cierto con aquellos pocos, como con la pobre viuda, que el Señor los recompensará por lo que estaríamos inclinados a considerar su gran generosidad. “Hay quienes reparten y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza” (Proverbios 11:24).

Ya que el Señor no ha establecido ninguna ley sobre su pueblo con respecto a su benevolencia, sino que

ha dejado el asunto abierto para los que han consagrado *su todo* a él, es evidente que él intenta que su consagración sea medida por medio de su conducta, sus sacrificios, sus abnegaciones. Luego, la pregunta apropiada llega a cada uno de nosotros de manera individual, ¿Hasta qué punto yo debería dar mi tiempo, mi influencia, mi dinero al Señor? Nosotros respondemos que si la interrogante viene de alguien que ha hecho una *completa* consagración de sí mismo, y se ha convertido en una Nueva Criatura, no puede haber sino una sola respuesta, a saber, que no tenga nada que *dar*, ya que ha *dado* todo lo que tiene al Señor. Si mantuvo algo consigo, no hizo una completa consagración y puede tener la seguridad de que no tiene la completa aceptación del Señor.

Pero, admitiendo que hemos dado todo al Señor, ¿cómo determinaremos la voluntad divina con respecto a nuestra realización de esta dádiva? Respondemos que cada uno debe considerarse ante el Señor como el *administrador* de su propio tiempo, influencia, dinero, etc., y cada uno debe buscar usar estos talentos con lo mejor de su habilidad, para gloria del Maestro. Y ya que él recibió el privilegio del trono de la gracia, esto significaría que si él está en duda respecto del uso de estos talentos, él puede pedir de Dios quien le dio su sabiduría generosamente, que también lo guíe en estos asuntos. Guiado por esta sabiduría, a medida que su amor y fervor por el Señor crecen día a día por medio del conocimiento de la Verdad y el logro de su espíritu, él se encontrará dando más y más de su tiempo, de su influencia, de los medios que estén a su disposición, para el servicio de la Verdad, y planificar, cómo él puede

reducir sus diversas obligaciones personales y familiares de modo que sea capaz de incrementar sus ofrendas y sacrificios.

Como es bien sabido, Dios instituyó con los judíos un sistema de diezmos, bajo el cual la décima parte de todo el incremento de riqueza, ya sea de granos o vegetales o manadas o rebaños o dinero, era separada para ser usada solamente en propósitos sagrados. Pero esto fue sólo un arreglo para “la casa de los *siervos*”. El Señor ha dejado “la casa de los *hijos*” sin ninguna ley o regulación. ¿Esto implica que él espera menos de lo hijos que de los siervos? No, en verdad, el hijo que esté menos interesado en los asuntos de su padre que el siervo sería indigno de su lugar como hijo, y ciertamente lo perdería; se encontraría a otro que posea más del verdadero espíritu de hijo. En el caso de la casa de los hijos, se consagra *todo* y no simplemente un *décimo*, *todo* se sacrifica y *todo* debe ser usado cuando la oportunidad nos indica en los servicios para el Señor y para su causa. Así estamos procediendo de manera continua, entregando nuestras vidas, nuestro todo, en el servicio de la Verdad.¹

El Apóstol llama nuestra atención sobre esta lección en su carta a los Filipenses 4:17, asegurándonos que sus donaciones voluntarias eran útiles y apreciadas, él dice: “No es que busque dádivas, sino busco frutos que abunde en vuestra cuenta”. Él supo de manera tan segura como ellos habían sido engendrados del Espíritu Santo y empezaría a producir los frutos de las buenas acciones y de la benevolencia, y que cuanto más esta benevolencia

¹ Las obligaciones del consagrado con sus familias, y cómo esto tiene que ver con la devoción de su *todo* al Señor, se considera en el Cap. XIII.

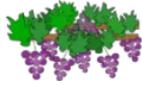
era evidente, tanto más él tenía demostración de su crecimiento espiritual, que era la cosa que él realmente deseaba. Y así es hoy en día. El Señor nos informa que todo el oro y la plata son suyos, y el ganado que está sobre mil colinas. Él realmente no necesita nada de nuestros esfuerzos, nada de nuestro dinero; sino más bien para nuestra ventaja, nos ayudará en nuestro desarrollo, él permite que su trabajo esté en condición tal que tendrá necesidad de todos los esfuerzos de aquellos que son verdaderamente suyos, y de todos los medios que ellos estuvieran dispuestos a usar en sus esfuerzos para glorificarlo.

¡Cuán llena de gracia es esta disposición! ¡Qué bendiciones ya han llevado estos privilegios al querido pueblo del Señor! No dudamos que ellos continuarán con nosotros hasta el final de nuestro singular rumbo, con la intención de que todos podamos tener el privilegio bendito de ofrecer nuestros talentos, sean los que fueren en el servicio del Señor. Así pues, exhortamos a que, después del ejemplo de la pobre viuda y sus dos moneditas, no haya nadie tan pobre que no pueda mostrar al Señor el deseo de su corazón. El juicio de nuestro Señor parece ser, como se expresa en una parte, que el que sea fiel en pocas cosas será fiel en grandes y mayores oportunidades, y para tal, es que él estará inclinado a dar, no solamente las grandes oportunidades del futuro, sino también las grandes oportunidades del presente.

Nuestro consejo es que la cuestión del dinero sea dejada, hasta donde sea posible (y nosotros creemos que es *en general*), fuera de consideración de las reuniones de la Iglesia. Aconsejamos que el Espíritu del Señor sea

cultivado, y que mientras habite abundantemente, cada uno estará ansioso de hacer su parte para con la reunión, no solamente los gastos corrientes para el mantenimiento de la Iglesia (quizás renta, u otros gastos) sino que estará ansioso también de hacer lo que pueda con relación a la diseminación de la luz que está bendiciendo su propia alma, a otros que todavía están en la oscuridad. Aconsejamos en este mismo sentido que el dinero no sea solicitado a los extraños, aunque no conocemos ninguna razón por la que el dinero ofrecido por los extraños deba ser siempre rehusado. Al menos sería una indicación de su simpatía y sin duda los llevaría, en el presente o en la vida futura, a algún reconocimiento y recompensa de él que declaró que aun una copa de agua fría dada a uno de sus discípulos en su nombre de ningún modo quedaría sin su recompensa. (Mateo 10:42, Marcos 9:41).

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de marzo - abril de 2018)



El día apropiado para observar la Cena
Commemorativa es jueves, el 29 de marzo de 2018,
después de la puesta del sol.

